

## OUT OF SIGHT

De él ya no quedan muchas cosas, pero algo queda. Lo que queda a veces ni lo veo, porque estuvo tanto tiempo ahí que ya no logro verlo como algo separado de la casa. El calcetín tirado bajo el sofá, pero visible, aunque de tanto verlo ya no lo vea. Ese calcetín largo y negro que tiene pinta de no abrigar nada ni proteger de posibles rozaduras, y menos con ese tomate en el dedo. Tampoco parece poder aguantarse sujeto a la pierna más allá del tobillo. No creo que él se dé cuenta de que uno de sus calcetines se quedó aquí. Tal vez en un tiempo, sí, pero pensaré que es su nueva lavadora la que se lo ha tragado, o que estará debajo de su nueva cama, donde no mirará por pereza, o que estará en algún lugar de su nueva casa, donde no buscará, porque no le importa, porque él es así, porque lo que no está frente a él no existe. Como yo ahora, quizás.

Queda también el espejo del baño, que era de su madre, pero va a quedarse ya aquí porque o bien no recuerda que es suyo o bien no tenía ganas de cargar con él. De él ha quedado lo que le dio pereza llevarse y no le importa que tenga yo en casa, pensando quizás que le daré algún uso, pensado tal vez que yo quiero cosas como un destornillador que no hace girar ya ningún tornillo o una caja con pelotas de ping-pong y tenis que nunca, ni él ni yo, hemos usado en los dos años de convivencia. Pensando tal vez que no lo voy a tirar y así me lo encontraré de vez en cuando y pensaré en él, y que seguiré dejándolo ahí en medio para seguir teniendo un recuerdo suyo. O lo dejó pensando en fastidiarme un poco, dejándome a mí la carga de vaciar, limpiar, tirar. Sinceramente, no creo que sea esta última. Él nunca quiso fastidiarme. Él no quería hacerme sentir mal. El daño que él hizo es el de quien no mira por dónde pisa y arrasa con algunas hormigas a su paso, no el de quien va con el mechero a hacer una escabechina. El daño que él hizo es el de quien no sabe que está haciendo daño, pero tampoco se preocupa ni indaga demasiado, no vaya a descubrir que esté haciendo algo mal y tenga entonces que cambiarlo. Por eso, más probablemente, dejó lo que dejó creyendo genuinamente que él no tenía por qué ocuparse de nada que ya no quisiera llevarse. Así se fue, creyendo innato ese derecho de poseer a su paso y abandonar lo que cayera por el camino sin responsabilizarse ya, dejando un rastro que alguien más limpiaría. Un rastro en el que él nunca reparaba porque cuando se volvía, ya no estaba. Cuando se volvía, siempre estaba todo en orden. Cuando se volvía, siempre estaba yo.

Lo que queda de él es ya casi simbólico. Un par de ceniceros que siguen ahí no sé por qué, que siguen como si alguien tuviera que echar de un momento a otro la ceniza a punto de desprenderse del cigarrillo y ensuciarlo todo. Siguen ahí porque su fantasma debe de seguir revoloteando por aquí y tal vez él también fuma. Siguen ahí porque yo era la encargada de ponerlos en los sitios estratégicos, porque solo tenemos dos y si le pillaba lejos una vez estaba ya tirado en el sofá, cualquier cosa le valía para hacer de cenicero y no tener que levantarse. Él nunca me mandó hacer nada. Nunca me pidió que se los acercara o que los limpiara. Él no era así. Lo hacía porque me salía hacerlo, lo hacía de forma instintiva. Lo hacía porque me apetecía, porque recoger un calcetín y colocar y recolocar estratégicamente un cenicero no es nada que no pueda hacerse. Lo hacía porque de él no salía y la necesidad la tenía yo, y tratar de cambiar a una persona es de mujer controladora e insoportable y yo no quería parecerme a esas mujeres malhumoradas e histéricas de las películas, las que nunca dejan a nadie en paz. Lo hacía porque el silencio y la paz siempre eran más agradables que cualquier otra alternativa, y un calcetín o un cenicero no se lo valían.

Sin embargo, sus cosas y la casa se van separando lentamente, van recuperando sus entidades independientes porque él se ha ido y la casa sigue siendo casa sin él y sus restos. ¿Por qué queda lo que queda? Su calcetín roñoso, las pelotas que nunca usó, la pereza por cargar con algo tan frágil como un espejo. Queda la marca de su dejadez. Tal vez por eso sigue aquí, la dejadez es lo más pesado, lo más resistente al cambio y lo que lo hace todo inamovible. El calcetín impar lleno de pelusas me desafía marcando el territorio de quien fue su dueño. Tal vez por eso lo dejo yo ahí, para recordarlo y no arrepentirme. Para no bajar la guardia. Las pequeñas cosas, que antes no veía, las veo claramente por haberse quedado solas y aisladas en el ahora inmenso salón. Mi salón. Su calcetín, ahora desubicado y acorralado en mi salón.

Hoy me he dado cuenta de que esta no era mi casa. Hoy observo las sábanas húmedas entre mis manos y por fin entiendo que hasta hoy este no había sido mi hogar. Aquí dormía y comía, y pasaba las horas en que no estaba en la oficina o con las amigas. Era incluso el lugar al que quería volver cuando estaba cansada, cuando hacía frío, y esta cama era donde quería meterme siempre junto a él, y no salir hasta la mañana, hasta que el despertador me obligara a volver al frío y al trabajo. Por eso lo parecía, pero no era mi casa. No era mi casa porque nunca colgué el reloj de madera que hizo el abuelo, que me prometí que siempre llevaría siempre conmigo, que visualizaba en todas las casas donde de pequeña —cuando me lo regaló— me

imaginaba viviendo. Se vino conmigo, pero se quedó en un armario, aguardando paciente el momento justo. Fuera de mi vista, fuera de su vista. Esperando a que se fuera, quizás. Lo cierto es que nunca encontré un buen lugar donde guardarlo. Era demasiado grande para meterlo en los cajones, y le tenía demasiado aprecio como para dejarlo de cualquier manera en el amplio espacio de un armario, aguantando el peso de otras cosas que se le fueran apilando encima y acabando por desaparecer entre ropa y trastos. Su lugar era fuera, en la pared del comedor, el punto más visible desde el sofá y donde más tiempo le da el sol en verano, porque no se merecía menos, pero no lo dejé salir hasta hace unos días.

La casa era más suya que mía porque olía más a él que a mí. Olía más a su tabaco que a mí. Ese tabaco que nunca antes había oído en casa, con el que nunca antes había tenido que convivir. Al final ya no sientes un olor a tabaco, decía cuando me preguntaban, es el olor de la casa, y no recuerdo cómo era sin él. Mentí cada una de las veces en que dije eso. Para qué darle la razón a alguien que trataba de buscar un problema donde no lo había. Yo tampoco quería ser una mujer de esas que dicen querer a alguien y en realidad solo quieren cambiar a quien dicen querer. Eso lo pensaba, no lo decía. Ahora ya ni lo pienso. La casa olía más a su sudor en las sábanas que a mi incienso, que nunca le gustó, que le ahogaba y dejé de usar porque qué más da un incienso, si solo lo encendía porque me pacificaba un poco el alma, porque me recordaba esa sensación de no gravedad y respiración sin cuerpo que sentía en las clases de meditación a las que solía ir. Solo me gustaba por un recuerdo.

Hoy por fin me he dado cuenta de que la televisión se inclinaba hacia sus gustos. Le hacía ilusión compartir conmigo sus películas favoritas, sus adorables *frikadas*, iniciarme en el mundo de la Fórmula 1 y en el mundo de Marvel. Para él era importante compartirlo, compartir esa parte de él que estuvo ahí antes, mucho antes de que yo llegara. Me miraba de reojo en el sofá deseando que me apasionara tanto como a él. Era una forma de unirnos más y me parecía entrañable. El problema es que yo nunca traté de hacer lo mismo con él. De hecho, ni se me ocurrió. No creía que le fuera a gustar y desistí antes de intentarlo. El problema era que yo sentía que no quería imponer nada, y él nunca lo echó en falta. Probablemente ni se dio cuenta de que solo yo entraba en su mundo. El problema era que era yo quien no ocupaba el espacio-tiempo de la casa y que siempre entendimos, sin explicitarlo, que ese era *mi* problema.

La puerta del balcón se abría cuando él tenía calor y se cerraba cuando él tenía frío. Yo no quería que pasara frío ni calor. Sus llamadas resonaban a manos libres en la habitación hiciera lo que hiciera yo en ese momento. Sus cenas en casa, mis salidas de chicas. Fui yo quien

no dijo nada de poner en la pared del reloj de mi abuelo, que estuvo varios días sobre la mesa del comedor cuando nos mudamos, esperando encontrar su sitio. Fui yo quien no insistió en ponerlo en ningún lugar específico tras ver cómo él lo miró sin decir nada —pero diciéndolo todo— cuando hablábamos de qué más podíamos colocar en las paredes del salón *sin cargarlo demasiado*. Fui yo quien puso el póster de Avatar unas semanas más tarde, el póster enmarcado que yo misma le regalé porque sé cuánto le gusta y cuánto le conmueve esa historia que le recuerda la urgente necesidad de cuidar el planeta y de que la humanidad esté unida, porque este lado sensible y comprometido es de las cosas que más me gustan de él. Fui yo quien lo puso en el lugar en el que se podría haber puesto el reloj, pero que no pusimos porque ambos entendimos que cargaría demasiado el salón.

Mi casa era menos mía de lo que pensaba porque no había espacio para mis caprichos en el armario de la cocina. «Siempre te los comes muy rápido, es mejor no tenerlos en casa», me aconsejaba, siempre pensando en mí y en mi salud. «*Out of sight, out of mind*», me decía, exhibiendo ese inglés que creía más perfecto de lo que era. «*Out of sight, out of mind*», como el reloj del abuelo hasta el día de hoy. Con eso me bastó, dejé de llevar a casa nada que se pudiera considerar un capricho. Fuera la tentación. La mía, mi tentación, mi placer culpable, pero mi placer. Lo cierto es que lo único que dejé de hacer fue guardarlo en el armario y comerlo delante de él. Yo, incapaz de distinguir entre lo que era un error y lo que no porque su voz me invadía demasiado. Hoy, después de dos años, ya no sé qué es lo mejor y lo peor de mí.

Observo el reloj colgado en la pared todavía blanca y bastante vacía. Tengo que pensar con qué más la voy a llenar. Todavía estoy en blanco. Siento que estoy medio desnuda, solo con lo puesto, con lo que me traje al venir aquí. Ahora, con la casa vacía tras su marcha, me doy cuenta de lo poquito que llevaba conmigo, de lo poquito que saqué afuera durante estos dos años y de lo poquito que he ido añadiendo. Ahora el reloj de mi abuelo resalta más que nunca, preside la pared entera. Ahora, con menos cosas, lo veo todo. Tu desinterés, mi silencio. Tu abundancia, mi vacío. ¿Crees que lo hicimos tan bien como pudimos? A veces lo pienso. Lo hicimos con lo que habíamos traído aprendido de casa. Lo hicimos sin tiempo para cuestionarlo, desaprenderlo, reinventarlo. Lo haremos mejor, lo sé, aunque con otras personas ya. Ahora, viendo el reloj de madera en la pared blanca, entiendo que no ha sido mi casa porque yo no me he querido aquí.

Mirara por donde mirara, no había dejado ni rastro de mí. Hasta hoy. Porque hoy he entendido mejor que nunca porqué mi casa no era mi casa, y por qué sí que lo es ahora, aún con las paredes a medio llenar, aun con tu calcetín ahí tirado debajo del sofá entre pelusas. Todo eso son minucias al lado de lo que tengo entre mis manos: las sábanas. Siempre fueron de los dos, sí, las compramos nada más llegar, pero enseguida se las apropió, porque solo sus huellas quedaron en ellas. Una guerra silenciosa que nadie declaró, una guerra sin villanos porque quién no tiene derecho a deshacerse en sus propias sábanas. Sábanas que eran más tuyas que mías, no porque estirara de más por las noches y me dejara destapada y con frío, sino porque era su sudor el que traspasaba todas las capas de la cama, porque era su olor el que quedaba impregnado, porque eran sus fluidos, los importantes, los únicos que evidenciaban que habíamos cumplido, que todo había ido bien, que podíamos volver a dormir porque el sexo consumado y sus orgasmos avalaban el éxito de nuestra relación. No eran mis sábanas porque no se preocupó de que olieran a mí, ni a mi sudor, ni a mis fluidos, y porque yo solo me preocupé de que olieran a él, a su sudor y a sus fluidos, y de que todas sus feromonas se esparcieran por cada pliegue de este tejido tintado de azul.

Pero hoy sostengo entre mis manos las sábanas mojadas. Las sábanas que ahora son mías, que huelen a mí y saben a mí. Las sábanas que traspasaron al colchón este líquido nunca antes visto, del que lo único que sé es que volverá a salir de mí tantas veces como lo desee, tantas veces como pueda, hasta que en mi recuerdo se haya grabado al milímetro la sensación de vaciado que he sentido. Hasta que el orgasmo y la secreción sean lo mismo y mis sábanas se desgasten de tener que ser lavadas y mi voz se quede afónica de mis gritos de placer, esta vez sin ahogar, esta vez sin fingir que hay algo que ahogar. El orgasmo que no encontraba el lugar ni el momento en esta casa porque tú ibas antes. Después, qué importaba, quién se acordaba ya. La huella fantasma de mi placer, que olvidé, que olvidamos, porque cometimos el error de pretender que no era *imprescindible*. La casa que vuelve a mí cuando empiezo a dejar rastro. Mis caprichos en el armario, mis calcetines gruesos y ajustados a la pantorrilla, los ceniceros en la basura, en su sitio al fin. El espejo que era de tu familia, pero ahora es mío, que sin las perpetuas gotas de agua y pasta de dientes salpicadas en él ya no distorsionan mi reflejo y me devuelven una imagen más nítida. Mis primeras sábanas mojadas de mí. Mi primera casa.